

*POR INSULAS EXTRAÑAS.* Andrés Morales.

Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1982.

Un verso de San Juan de La Cruz titula el libro, marcando en forma explícita su pertenencia a la tradición hispánica. El mismo verso da título, abre el primer poema e inicia su última estrofa. Este poema despliega un viaje de muerte a vida, pero viaje que no es promesa ni esperanza, sino amenaza de desintegración y de vacío (“del hierro muerto nace/ la piel desencajada”; “del hierro, dientes huecos/ acechan en la puerta”). Verso que rige el despliegue paralelístico de un espacio, un tiempo, una materialidad y un destino que amenaza. El viaje al que el hablante del poema invita es un viaje en que la muerte “señala”, en que los restos de “mármoles” son el espejo que nos permite reconocer el fin del camino. Viaje en que “por siglos” lo que espera es la sangre y la casa “negra y seca” y la “reja demolida”, en el que un brazo imposible, por estar cortado, “se extiende a las ventanas”.

La tragedia no amenaza en forma singular, ni al hombre en general, sino a la totalidad del cosmos: “se doblan los planetas”. Situación que surge bajo la forma de imágenes diversas a través de todo el libro (“No se encuentran salidas”) y que se constituyen en predominantes.

El tono desesperanzado que denuncia un mundo que se desintegra, una humanidad incapaz de salir de la soledad y la angustia, encuentra su concreción en un léxico reiterado en torno a palabras tales como muerte, morder, huesos, caer, cortar. Las cosas “se derriten”, “se rompen”, las puertas están cerradas, los espejos quebrados.

En los poemas hay un fuerte predominio de la imagen de tipo creacionista, más aún, algunas de ellas han sido creadas sobre imágenes huidobrianas. “La miseria cuelga/en lo espejos/de los museos de cera”, se dice en el poema “Los museos de cera”. Huidobro en “Arte Poética” había dicho “El músculo cuelga,/como recuerdo, en los museos”. En el nivel de la estructura es también necesario destacar el notable ritmo de la mayor parte de los poemas. Ritmo que se materializa en paralelismos de construcción, en la abundancia de aliteraciones y en rimas internas. Un ejemplo evidente de paralelismo es el poema “Magdalena”, en el cual el “continuaré bailando” está marcado por el ritmo insistente de las construcciones y no como pudiera esperarse por un ritmo fónico.

Algunos poemas, para ser leídos en un nivel profundo, hacen necesario el reconocimiento de algún texto paralelo vigente en la tradición o el reconocimiento de situaciones extratextuales no siempre claras al receptor. Así, el poema “Del amor”, en la tercera estrofa, alude a una costumbre londinense; y en “De la muerte”, un caballo muerde trece letras” . . . las letras que se necesitan para escribir Andrés Morales. En general, la presencia de otros

textos es explicitada a través de los títulos o en los epígrafes que los acompañan.

En uno de los poemas más logrados: Génesis , IV, 8, Caín y Abel, miedo y muerte son reiterados en el hoy del poema. La muerte entró al mundo del hombre en los orígenes y no hay involución posible para desterrar estos males de la vida humana. Un rasgo interesante en este poema es el logro de la simultaneidad gracias a la estructura de las estrofas que se espejean unas a otras: Tres preguntas cierran tres estrofas y una estrofa de tres versos expresa la pregunta final. A continuación un poema corto que anuncia la caída de “un ángel muerto” prefigura a “Absolutamente nada” que consiste en una serie de negaciones cada vez más hondas.

El ciclo “Visiones de Tiresias” no se conforma como profético sino como testimonio y testamento del hablante a su receptor: “escribiré legando mis anteojos (. . .) las visiones de un ciego”. Las visiones del ciego Tiresias pertenecen a la tradición, pero en los poemas el sentido se invierte. Tiresias anunciaba lo que fatalmente había de acontecer; el hablante de los poemas define la realidad: “queriendo decir de una vez/la única y ciega verdad, les aseguro”. Lo anunciado es que la muerte está presente en la vida humana desde que el hombre nace y el legado del hablante es su propia muerte. La imagen que acompaña a ésta retrotrae a la de Cristo. La trasgresión de la tradición es evidente. La muerte de Cristo es paso a una resurrección. Aquí “una mosca sobrevuela las ciudades”.

El proceso desintegrador no afecta sólo al hombre sino a la naturaleza entera (“piedras heridas”, “árbol de barro”, “mares heridos”) y a los objetos fabricados (“cartel desencajado”, “canastillo de huesos”, “ciudad que cayó en la fosa”, “botellas y dientes rotos”, etc. . . ). Hay ventanas cerradas, que al igual que otras objetividades poemáticas no cumplen la función que les es adecuada, así: “Desde mi casa nunca se ve el mar,/desde mi casa se huele la muerte”.

*Por ínsulas extrañas*, un libro de poemas desesperados que se configuran como una esperanza de futuros logros para la poesía chilena.